

LA MUJER QUE TRABAJA: REVISION DE INVESTIGACIONES SOBRE ATRIBUCION DE LOGRO; PREFERENCIAS Y METAS OCUPACIONALES; ACTITUDES HACIA LA MUJER QUE TRABAJA

María Raguz de Romafia*

En la literatura sobre Roles Sexuales, el empleo de la mujer ocupa un tema central. Mucho se ha escrito e investigado al respecto y, en un intento de sistematización, pueden establecerse ciertos rubros. Trataremos aquí el concerniente al sesgo evaluativo en la atribución de éxito o fracaso en función de su correspondencia o incongruencia con los estereotipos de rol sexual. Igualmente, veremos los más recientes hallazgos sobre preferencias y metas ocupacionales. Y, finalmente, revisaremos los estudios sobre actitudes hacia la mujer y sus roles.

The article reviews current sex-role literature concerning women at work. Three topics are dealt with: sex-role stereotypes and achievement attribution; vocational preferences and expectations; attitudes toward women and their roles.

* Profesora Auxiliar de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Estereotipos de Rol Sexual

La Psicología Social conoce bien la importancia de los roles y los estereotipos en el proceso de socialización que se da a lo largo de la vida de la persona. Los roles o papeles sociales son prescripciones de conducta y habilidad en base a categorías sociales, a modelos culturales. Así, podemos hablar de rol de madre, de esposo, de estudiante. Y los estereotipos son expectativas generalizadas sobre miembros de un grupo social. En otras palabras, en base a su pertenencia a un grupo dado, se espera de una persona que comparta determinados atributos con los otros miembros del grupo. El mundo categorial, conceptual, requiere de la abstracción, la simplificación mediante propiedades-criterio. Pero en la percepción de personas la estereotipia puede dar lugar a "correlaciones ilusorias" y "distorsiones cognitivas" como notara la teoría cognitiva-atributiva de Hamilton (1979), estableciéndose así vínculos causales que no tienen base real -por ejemplo, "mujer-tierna" - y viéndose lo que se quiere o espera ver.

Existen, a nivel transcultural estereotipos sexuales, que atribuyen características de personalidad y conductas a uno u otro sexo biológico, categorizándolas en "masculinas" o en "femeninas". Los roles sexuales son, pues, prescripciones en base al sexo, tradicionalmente concebidos como disyuntivos, dicotómicos, excluyentes, y siendo medidos consecuentemente: los hombres como más o menos masculinos; las mujeres, como más o menos femeninas.

Sin embargo, investigaciones desde la década de los 70 (Bem, 1975; Berzins, 1979; Foushee et al., 1979; Lenney, 1979; Spence y Helmreich, 1979) demuestran la necesidad de concebir la masculinidad y la femineidad de una manera diferente, no como dimensiones excluyentes sino como extremos de un continuum unidimensional. Siguiendo con esa línea nuestras investigaciones (Ragúz, 1983; Ragúz, Kerbusch y Van der Wollenberg, en publicación) encuentran también que tanto la masculinidad como la femineidad coexisten en grado variable al interior de la persona, hombre o mujer, y que no se trata de una relación inversa tipo "a más de esto, menos de lo otro",

sino que son posibles combinaciones originando las categorías "Masculino", "Femenino", "Andrógono" e "Indiferenciado", que la teoría de la Androginie postula existen. Pero nuestros hallazgos van más allá, al comprobar que si bien la femineidad puede concebirse como algo unidimensional, la masculinidad es psicológicamente más compleja, al ser un constructo que puede definirse con por lo menos dos dimensiones absolutamente independientes. Sobre este punto profundizaremos en otro momento; baste decir aquí que gran parte del comportamiento se tipifica en categorías sexuales -algunos prefieren usar el término "genéricas", para restarle la connotación determinista, biológica- y que estos estereotipos no siempre se basan en diferencias que realmente existan entre los sexos (Ragúz, 1983).

Una revisión de 280 artículos de investigaciones realizados en las últimas dos décadas sobre el tema de diferencias sexuales y estereotipos nos lleva a concluir que muchas veces se dan correlaciones ilusorias y distorsiones cognitivas. Cuando las diferencias sexuales realmente existen es difícil aislar metodológicamente las variables para identificar relaciones causales. Pareciera estar en juego el fenómeno de la profecía autocumplidora, socializándose al niño -padres, otros familiares, amas y empleadas domésticas en sociedades como la nuestra, pares, profesores, y medios en general juegan un rol- de modo que se adecúe a las normas y estereotipos vigentes. Y el niño activamente (en el sentido piagetano) construye su mundo cognitivo, afectivo y social de significados.

Los estudios evolutivos muestran que ya a los 3 años de edad aparece en los niños su identidad sexual o genérica, sabiendo ya si son niños o niñas, aunque no necesariamente tengan noción clara de las diferencias sexuales biológicas. Luego, entre los 3 y 5 ó 6 años adquirirán la constancia de género, sabiendo que su sexo no va a cambiar con la edad, ni con un cambio de ropa o con sólo desearlo. La identidad sexual va de la mano con la identidad de rol sexual, pues al conocer el propio sexo se sabe que comportamiento le corresponde. A su vez, la identidad de rol sexual implica tres componentes: cómo se percibe uno (orientación), cuál es su preferencia (preferencia), y qué tan masculina y/o femenina es percibido por los demás (adopción de rol sexual).

Todavía la teoría de los Roles Sexuales no logra dilucidar cómo se adquiere la identidad sexual y la identidad de rol sexual, habiendo intentos de explicación cognitivos, psicoanalíticos, socioconductistas. Al parecer, aunque los niños no tengan aún una idea clara de las diferencias anatómicas, adquieren la estereotipia sexual y de rol sexual en base a atributos externos (vestido, peinado, privilegios, etc.), aún cuando no conserven género -esto último si parece requerir la comprensión de las diferencias biológicas. Una vez adquirida la constancia genérica los niños evidencian más marcadamente sus

preferencias, rechazando con más fuerza lo "inapropiado" para su rol sexual, prestando más atención a modelos del mismo sexo si son varones, identificándose más tradicionalmente. En un comienzo la estereotipia -y por ende, el comportamiento: conductas, actitudes, preferencias- son más rígidos; con la edad se van flexibilizando y complejizando más sus estereotipos. Y en este desarrollo el medio juega un rol crucial.

Atribución de Logro

La atribución de éxito o fracaso es un fenómeno de la Psicología Social y Educacional bastante estudiado. La teoría de los Roles Sexuales ha investigado sobre el sesgo evaluativo de la ejecución de hombres y mujeres. Si la persona actúa de acuerdo con los estereotipos tradicionales, su desempeño será mejor evaluado. Ya en pre-escolares de 3 años se observa la estereotipia ocupacional, siendo más fuerte con los años (Cann y Garnett, 1984), y se aprecia el sexismo en la atribución de logro (Tryon, 1980). Estudios transculturales con jóvenes universitarios muestran el predominio de la estereotipia sexual en la atribución de logro, siendo más sesgada aún cuando se trata de mujeres de grupos minoritarios (Romero y Garza, 1986; Vasquez, 1982), y cuanto más tradicionales sean las actitudes hacia la mujer que uno tenga, mayor será la atribución de logro sexualmente estereotipada (Towson et al., 1984-85).

Los estudios clásicos de atribución de logro evidencian que el que una mujer triunfe en un campo tradicionalmente masculino es atribuido a la suerte, a "vara", u otros factores circunstanciales, mientras que si es hombre el que triunfa, es por esfuerzo o habilidad. Si la mujer fracasa, es lo esperable, si el hombre lo hace, es por falta de esfuerzo. Los universitarios hombres tienden a evaluar peor a la mujer, y su rendimiento es menos reconocido que el del hombre, aún cuando sea en áreas "femeninas" (versus el hombre en "masculinas"), al margen de que sean ambos profesionales titulados. Sin embargo, el hombre sin título que se desempeña en áreas femeninas resulta también mal evaluado (Haemmerlie et al., 1985). Las viudas son mejor evaluadas en su personalidad y habilidad que las casadas, solteras o divorciadas; y las divorciadas resultan las peor evaluadas (Etaugh y Petroski, 1985). Cuando se ha tenido una madre que trabajaba -al margen de en que o por cuanto tiempo- suele haber menor estereotipia en la atribución de logros (Khoo, 1984; Powell y Steelman, 1982). En consejeros vocacionales se evidencia una evaluación diferencial de los sexos en su adecuación ocupacional (Kahn y Shroeder, 1980). En la evaluación de salud mental también se aprecia sexismo (Ramos, 1987), así como en la contratación de personal (Von Baeyer y col; 1981), siendo el sexo y la ocupación factores que inciden sobre cómo es percibida la persona (Shinar, 1976). Pero cómo se perciba a los demás y a uno mismo, y cómo se atribuya el éxito y fracaso se ve a su vez influenciado por la propia orientación de rol sexual (autopercebirse como masculino y/o femenino).

Preferencia y Metas Ocupacionales

En diversos grupos culturales se comprueba la estereotipia sexual de las preferencias y metas ocupacionales. Así, en niños y adolescentes de 5 ó 15 años de Norteamérica y Europa se advierte un tradicionalismo, aunque con variaciones transculturales, en la percepción que tienen del rol sexual de sus padres (Goldman y Goldman, 1981). En niños franceses de 11 ó 12 años se ve que los roles profesionales son percibidos sexualmente estereotipados, esquemáticamente, trasponiendo lo familiar a lo ocupacional, mientras que a los 16 ó 17 ya se da un cuestionamiento, una reflexión, y una representación más rica y personal (Pomageot y Schreiber, 1979). Esto corresponde con el logro del pensamiento hipotético-deductivo, formal, en términos piagetanos. Y aunque la crítica y el "repensar" el mundo son posibles, los estereotipos tienen un componente afectivo, actitudinal, que los hace muy reacios al cambio. Por ello, a nivel abstracto es posible ser liberal, mientras que al tratarse de uno mismo o personas familiares o queridos, se es más tradicional (ver el estudio de juicio moral al respecto, de Lonky et al., 1987).

En universitarias canadienses se observa un predominio de metas ocupacionales modestas, más aún cuando sus madres son tradicionales (Sutherland, 1978). Y contadoras norteamericanas muestran también metas pobres (Keys, 1985). En escolares iraníes mujeres la preocupación por el matrimonio y relaciones con el sexo opuesto es mayor que por la profesión; y esto es más acentuado aún cuanto más discriminada se encuentre la mujer en su comunidad y más bajo sea su nivel socio-económico (Tohidi, 1984). En un estudio de 1981 universitarias norteamericanas después de seis años de estudios superiores evidenciaban mayor apertura hacia elecciones no tradicionales, pero seguían prefiriendo carreras tradicionales, escogían trabajar en servicios sociales o médicos o como secretarias, o únicamente casarse.

Aunque en adolescentes hindúes de 13 a 17 años Ansari y Shakeels (1985) no encontraron diferencias entre hombres y mujeres en sus preferencias ocupacionales, la mayoría de estudios comprueba estereotipia. Y por más que puedan encontrarse actitudes más liberales, siempre el rol de la mujer en el hogar y, especialmente, como madre, suele ser el filón más tradicional y reacio al cambio.

A mayor nivel educativo se encuentra menor tradicionalismo en preferencias e intereses (Hawley y Even, 1982). También el nivel socio-económico es importante. Reisman y Baffuelos (1984) encontraron con niñas latinas de un barrio norteamericano, que a mayor educación y nivel socio-económico, más preferencias e intereses no tradicionales. También el nivel educativo y el nivel intelectual de los padres predice tradicionalismo en la elección de la carrera de los hijos (Erhardt y col, 1981; Zuckerman, 1981). Sean niños,

adolescentes o adultos, los varones tienen una percepción más estereotipada de las ocupaciones y de los roles en el hogar (Fuerst y Dembo, 1984; Jack y Fitzsimmons, 1984; Ragúz, 1981; Ventura, 1979). Otra diferencia sexual es que los hombres tratan a sus roles ocupacional y doméstico como independientes, mientras las mujeres los perciben como entrelazados (Anehensel y Rosen, 1980). Aunque universitarios de ambos sexos puedan no diferir en su compromiso con la carrera y con sus aspiraciones profesionales si difieren en sus actitudes hacia el trabajo dual de la pareja, donde ambos contribuyen económicamente de manera significativa (Katz, 1986).

Pero quizá más importante que el sexo mismo sea la orientación de rol sexual, en especial, la masculinidad autopercebida, la cual parece ser un elemento crítico, cuyo valor predictivo como se ve en el rendimiento matemático, en la autoestima, en la salud mental y muchas variables más. También las preferencias, elecciones, metas y estereotipia ocupacional se relacionan significativamente con la orientación de rol sexual (Clarey y Sanford, 1982; Gaeddert, 1985). Las mujeres femeninas (alta femineidad/baja masculinidad autopercebidas) tienen menor logro en sus carreras (Wong et al., 1985). Tanto en hombres como en mujeres la autopercepción de su masculinidad -no así de su femineidad- predice efectivamente el éxito en sus carreras (Wong et al., 1985). Tanto el tradicionalismo en la elección de metas como en las actitudes hacia la mujer se asocia con la autopercepción. Así, los más tradicionales en este sentido son los hombres que se consideran no religiosos y con un físico no muy fuerte. Y las mujeres más tradicionales, las que se creen inteligentes, no convencionales y no religiosas. (Khoo et al., 1984; Kirkman y Grieve, 1984; Rhodes, 1983).

Volviendo a la variable orientación de Rol Sexual, vemos que las personas de orientación masculina (altamente masculinas/baja femineidad) tienden a estereotipar más las ocupaciones masculinas. Los andrógenos (alta masculinidad/alta femineidad) son los menos tradicionales en su estereotipia ocupacional (Collins et al., 1979; Yanico, 1981, 1982). Las mujeres femeninas son las que menor motivación de logro tienen, tendiendo a atribuir el éxito a causas externas, no al esfuerzo o la habilidad. Tanto Shuval (1962) como Keys (1985) encuentran que el sexo y la orientación de rol sexual predicen decisiones sobre la carrera. Las mujeres no solo ganan menos sino que esperan menos logro y se autoperciben tan exitosas como los hombres, probablemente por un doble estándar; gana bien "para ser mujer". Otros estudios encuentran que cuanto más tradicional y estereotipado sea uno, menos percibe o acepta la existencia de discriminación sexual.

Zuckerman (1981) con 763 universitarios vio que si bien en las mujeres se apreciaba menor tradicionalismo en sus metas educativas y de carrera y en sus actitudes hacia la mujer, que lo que encontró Karman en 1973, sus me-

tas y actitudes eran significativamente distintas que las de los hombres. Estas mediciones de tradicionalismo dependían del nivel educativo de los padres, la carrera de la madre, la crianza religiosa, pero estas variables afectaban de manera diferente a cada sexo.

En mujeres tradicionales y altamente femeninas es mayor el deseo de hijos y la fertilidad. A su vez, el deseo de hijos y la fertilidad correlacionan inversamente con la participación laboral (Gerson, 1986 a; Gerson, 1980; Lehrer y Nerlove, 1986). En esto resulta una variable interviniente la pareja (Gerson, 1986b). Las mujeres tradicionales y femeninas suelen escoger parejas tradicionales; y son las más influenciadas por su pareja en sus elecciones de vida aunque son las menos concientes de que ello sucede (Wilson, 1986). También es relevante el valor que se le atribuya a los hijos, que cambia con la edad de éstos y con las facilidades de ciudado disponibles (Thomson, 1980).

Actitudes hacia la Mujer y sus Roles

Las actitudes hacia la mujer también han sido objeto de múltiples estudios. Usualmente para su medición se ha empleado el Attitudes Toward Women Survey (ATWS). Baker y Terpstra (1986) notan que ni la autoestima, ni el locus de control predicen las actitudes hacia la mujer tanto como lo hacen variables demográficas como la edad, educación, estado marital, religiosidad y religión. En un estudio transcultural con universitarios de post-grado (Ragúz, 1981) encontramos mayor tradicionalismo en hombres, en solteros, en nigerianos y malasios -significativamente más que los latinos, y éstos más que los americanos negros y éstos más que los americanos blancos-, en los musulmanes (más que en católicos, protestantes, ateos, en ese orden). Thornton et al. (1983) observan que el igualitarismo hacia los roles sexuales es mayor en mujeres jóvenes y con experiencia laboral y que no asisten a servicios religiosos. Siendo un estudio longitudinal de 18 años tipo panel, comprobaron que las actitudes de las madres modelan en forma importante las actitudes de sus hijas. El empleo de la madre es también relevante. Seegmiller (1980) con niños prescolares encontró diferencias en su orientación de rol sexual, y Jones y Mc Bride (1980) con niños de ambos sexos de 1er. y 2do. grado de primaria vieron que aquellos con madres que trabajan prefieren ocupaciones no estereotipadas, a diferencia de los demás. Pero los estudios no siempre encuentran que el empleo de la madre parezca ejercer influencia.

En esposos el modernismo de sus actitudes hacia los roles sexuales se relaciona con la educación, ocupación y experiencia laboral de la esposa, así como con el nivel educativo del esposo (Schaninger y Buss, 1986). Y en familias con niños pequeños, el tradicionalismo de los padres es mayor.

Además del trabajo de la madre y su educación superior (para hijas adolescentes y para adultos de ambos sexos), el sexo, la cultura, la religión, el estado civil, y la inteligencia y nivel educativo de ambos padres, también la experiencia laboral propia (Mac Kinnon et al., 1984), el patriarcalismo de los padres y sus expectativas (Wong et al., 1985) parecen afectar el tradicionalismo/liberalismo de las actitudes sexuales. Beutell (1984), por ejemplo, encuentra que los más tradicionales son los hombres hijos mayores con una hermana que le sigue en edad. Pero como este mismo autor nota, más que el sexo lo que se asocia con las actitudes es la orientación del rol sexual. Cabe señalar que actitudes y conducta no es lo mismo, y que unas no necesariamente conllevan otras. Así, mujeres, más liberales en sus actitudes, que los hombres, participan mínimamente en la formación profesional, la política, la economía (Sutherland, 1978), aunque pensamos que no solo se trata de barreras intrapsíquicas sino de un problema estructural.

En el Perú son pocos los estudios sobre este tema. Sin embargo, estudios sociológicos y antropológicos resultan ilustrativos. Algunos autores, como Sara-Lafosse (1988, 1979, 1977), sostienen que el Perú es un país en transición del patriarcalismo al igualitarismo en la división de tareas en el hogar y la toma de decisiones; pero interpretando sus mismos datos creemos que el tradicionalismo aún prevalece. Un estudio transcultural (Bradley, 1984-85) en comunidades rurales de Perú, Java, Nepal y Bangladesh evidencia la mayor valoración del hombre en el trabajo. Otro estudio de hace ya una década (Harris, 1978) sobre la mujer rural del Ande boliviano confirma la existencia universal de la división sexual del trabajo, de la cosmología de complementariedad de roles que resulta funcional a la estratificación social en base al sexo, y del patriarcalismo (aunque este último solo se da fuera del hogar), mundialmente asumido por Michaelson y Goldschmidt (1971).

En un estudio longitudinal del 74 al 78 realizado por la antropóloga Bourque (1981) con mujeres campesinas peruanas (de una comunidad limítrofe de Lima, Cerro de Pasco y Ancash), se observa un doble rol en la mujer: de hogar/maternal y de trabajo agrario, donde a pesar de su igual participación en todo el ciclo productivo agrario que el hombre, se da una desvalorización de su trabajo y una marcada estereotipia de los roles sexuales. Así, los hombres toman las decisiones basados en el alto analfabetismo femenino, pero el doble estándar se aprecia en que el hombre analfabeto no resulta marginado. Comparando con mujeres de pueblos comerciales cercanos, puede verse que el acceso directo al dinero en efectivo genera cambios de rol, aunque siga prevaleciendo la autoridad masculina reforzada con el sexismo de instituciones gubernamentales (por ejemplo crediticios, o de formación tecnológica).

Otro estudio de mujeres rurales del Centro del Perú es el de Campaña (1982) que observa que 65% de las mujeres se ocupan de sostener el hogar, al tener el hombre que buscar ocupaciones temporales lejos del hogar. La división sexual se extiende a los hijos, aún pequeños, a otros familiares, a hijos de otros que viven en el hogar. La mujer asume múltiples roles económicos (cultivo, peones agrícolas, comercio local esporádico pequeño y mediano, servicio doméstico, secretariado, empleadas en tiendas, costureras por encargo). Los niños varones resultan preferidos para las oportunidades educativas y acompañan al padre en sus viajes a buscar trabajo. Las mujeres resultan más estables en el hogar. Se trata de familias separadas pero funcionales. Aunque no necesariamente los censos poblacionales lo reflejen, ya que pocas son asalariadas (aquí el 20%), casi todas las mujeres tienen más de dos actividades económicas (97% en este caso). En pueblos tanto serranos como costeros rurales Villalobos (1975, 1977) y Maletta (1978) encuentran lo mismo que Campaña: la mujer rural no percibe un conflicto de roles; su activa participación económica le permite cumplir el rol doméstico, apoyada en hijos y otros familiares. Entre Costa y Sierra se ve una diferencia; el hombre costero está más vinculado al hogar y contribuye más al ingreso familiar (Villalobos, 1975, 1977).

En la mujer amazónica peruana se encuentra que su situación, su prestigio y poder, su autonomía y capacidad de decidir en la familia, y su complementariedad con el hombre en el trabajo dependen de su grado de aculturación, generalmente perjudicial, y de variables como producción y distribución de productos -artesanía, por ejemplo- valorados fuera de la comunidad, con mercados cercanos accesibles. Estudios antropológicos con indios Shipibo, Condoshi y Cocamilla (Stocks y Stocks, 1980) son ilustrativos al respecto, reflejando un tradicionalismo hacia los roles sexuales.

En Lima se han hecho estudios de corte sociológico con mujeres de clase media (Andersen, 1981) evidenciando su conservadurismo, por ejemplo, privilegiando la educación del hijo hombre y creyendo en una tendencia "innata" de la mujer a entregarse a sus hijos. Evidenciando una casi total desinformación o un análisis muy pobre de la realidad política, económica y social del país, el mundo de preocupaciones centrado en el marido y, sobre todo, en los hijos, participaban muy poco comunamente (cosa que, como Ciudad y Guzman [1975] muestran, es fuente de cambio y desarrollo de la mujer). Cefiados a roles tradicionales, y por la precariedad de los salarios, pocas trabajaban a tiempo completo; la mayoría tenía ingresos independientes (vendiendo ropa, tortas, tarjetas; dando clases de idiomas, matemáticas, repostería, gimnasia; haciendo movilidad escolar o modelaje en reclames publicitarios, costureras, peluqueras). Pero por significativo que fuera su ingreso era percibido como tangencial y se definían básicamente como madres y esposas. Y,

como decíamos, éste es el filón más resistente al cambio actitudinal. Esperamos que los trabajos de organización de la mujer avancen en este sentido.

BIBLIOGRAFIA

- Anderson, J. (1981). *La mujer de clase media limeña*. Conferencia de Investigación sobre la mujer peruana, Lima: Perú Mujer-AMIDEP.
- Anehensel, C.S. y Rosen, B. (1980). Domestic roles and sex differences in occupational expectations. *Journal of Marriage & the Family*, 42, (1), 121-131.
- Ansari, S.A. y Shakeela, B. (1985). Occupational preferences as a function of sex differences. *Perspectives in Psychological Researches*, (India), 8, (2), 66-67.
- Baker, D.D. y Terpstra, D.E. (1986). Locus of control and self-esteem versus demographic factors as predictors of attitudes toward women. *Basic & Applied Psychology*, 7 (2), 163-172.
- Bem, S.L. Sex-Role (1975). Adaptability; one consequence of psychological Androgyny. *Journal of Personality & Social Psychology*, 31, 634-643.
- Berzins, J. (1975): Discussion Androgyny, personality theory, and psychotherapy. *Sex Roles*, 5, 248-254.
- Beutell, N.J. (1984). Correlates of attitudes toward American women as managers. *Journal of Social Psychology*, 124 (1), 57-63.
- Bourque, S. (1981). *La campesina y el cambio social*. Conferencia de Investigaciones sobre la mujer peruana. Lima: Perú Mujer-AMIDEP, 8 de Abril.
- Bradley, C. (1984-85). The sexual division of labor and the value of children. *Behavior Science Research*, 19 (1-4), 159-185.
- Campaña, P. (1982). *Estudio preliminar de la condición y participación económica de la mujer en el Perú rural*. Congreso de Investigación acerca de la mujer en la región andina. Lima. Perú Mujer-AMIDEP, 7 al 10 de Junio.
- Cann, A. y Garnett, A.K. (1984). Sex roles stereotype impacts on competence ratings by children. *Sex Roles*, 11 (3-4) 333-343.
- Ciudad, T. y Guzmán, V. (1975). Estudio cualitativo de las mujeres que ocupan altos cargos públicos. En: *Diagnóstico de la situación social y económica de la mujer peruana*. Lima: Centro de Estudios de Población y Desarrollo.
- Clarey, J.H. y Sanford, A. (1982). Female career preference and Androgyny. *Vocational Guidance Quarterly*, 30 (3), 258-264.
- Collins, M. et al. (1979). Relationships between sex-role orientation and attitudes toward women as managers. *Psychological Reports*, 45, (3), 828-830.
- Ehrhardt, A.A. et al. (1981). Career aspiration and gender role development in young girls. *Archives of Sexual Behavior*, 10, (3), 281-299.

- Etaugh, C. y Petroski, B. (1985). Perceptions of women: Effects of employment status and marital status. *Sex Roles*, 12, (3-4), 329-339.
- Foushee, H.C. et al. (1979). Implicit theory of masculinity and femininity: dualistic or bipolar? *Psychology of Women Quarterly*, 3, 259-269.
- Fuerst, E. y Dembo, M.H. (Guam) (1984). Preference for gender-stereotypic job applicants as a function of ethnicity and sex. *Journal of Social Psychology*, 124, (2), 249-250.
- Gaeddest, W.P. (1985) Sex and sex role effects on achievement strivings: dimensions of similarity and difference. Special issue: Conceptualizing gender in personality theory and research. *Journal of Personality*, 53, (2), 286-305.
- Gerson, K. (1986a). Briefcase, baby or both? *Psychology Today*, 20, 11, 30-36.
- Gerson, K. (1986b). What do women want from men? Men's influence on women's work and family choices. *American Behavioral Scientist*, 29 (5), 619-634.
- Gerson, M.J. (1980). The cure of motherhood. *Psychology of Women Quarterly*, 5, (2), 207-218.
- Goldman, R. y Goldman, J. (1981). *Children's conceptualization of development: A comparative study of children aged 5 to 15 years in Australia, England, North America and Sweden*. Monografía del ISSBD, Toronto.
- Haemmerlie, F.M. et al. (1985). Male sex bias against men and women in various professions. *Journal of Social Psychology*, 125, (6), 797-798.
- Hamilton, D.A. (1979). A cognitive-attributional analysis of stereotyping. En: L. Berkovitz (ed). *Advances in experimental and social psychology*. New York: Academic Press.
- Harman, L.W. (1981). The life and career plans of young adult college women a follow-up study. *A Journal of Counseling Psychology*, 28 (5), 410-427.
- Harris, O. (1978). Complementarity and conflict: An Andean view of women and men. En: J.S. La Fontaine (ed). *Sex and age as principles of social differentiation*, Monografía de la ASA # 17, Londres Academic Press, 21-40.
- Hawley, P. y Even, B. (1982). Work and sex-role attitudes in relation to education and other characteristics. *Vocational Guidance Quarterly*, 31, (2), 101-108.
- Jack, D.A. y Fitzsimmons, G. (1979). Sex-Role stereotyping in first grade and pre-vocational junior high school students. *Canadian Counselor*, 13, (4), 206-210.
- Jones, L.M. y McBride, J.L. (1980). Sex-role stereotyping in children as a function of maternal employment. *Journal of Social Psychology*, 11, (2), 219-223.
- Kahn, S.E. y Shroeder, A.S. (1980). Counselor bias in occupational choice for

- female students. *Canadian Counselor*, 14, (3), 156-159.
- Katz, M. (1986). Career and family values for males and females. *College Student Journal*, 20, (1), 66-76.
- Keys, D.E. (1985). Gender, sex-role, and career decision making of certified management accounts. *Sex Roles*, 13, (1-12), 33-46.
- Khoo, S. et al. (1984). Attitudes toward sex roles, women's employment and anticipated family size among young, unmarried adults. *Australian Journal of Sex, Marriage & Family*, 5, (3), 147-157.
- Kirkman, M. y Grieve, N. (1984). Women, power and ordination: a psychological interpretation of objections to the ordination of women to priesthood. *Women's Studies International Forum*, 7, (b), 487-494.
- Lehrer, E. y Nerlove, M. (1986). Female labor force behavior and fertility in the U.S. *Annual Review of Sociology*, 12, 181-204.
- Lenney, E. (1979). Androgyny: some audacious assertions toward its coming on age. *Sex Roles*, 5, 703-719.
- Lonky, E. et al. (1988). Moral judgement and sex role orientation as a function of self and other presentation mode. *J. of Jouth & Adolescence*, 17, 2, 189-195.
- Mac Kinnon, C.E. et al. (1984). The impact of maternal employment and family form on children's sex role stereotypes and mothers' traditional attitudes. *Journal of Divorce*, 8 (1), 51-60.
- Maletta, H. (1978). Perú, País campesino? *Revista Análisis*, 6, Lima.
- Michaelson, E. y Goldschmidt, W. (1971). Female roles and male dominance among peasants. *South West Journal of Anthhropology*, 27, (4), 330-352.
- Pomageot, D. y Schreiber, S. (Francia). (1979). Representation of the male and female vocational roles among teenagers. *Orientation Scolaire et Professionnelle*, 8, (3), 245-262.
- Powell, B. y Steelman, L.C. (1982). Testing an undertested comparison: maternal effects on sons' and daughters' attitudes toward women in the labor force. *Journal of Marriage & The Family*, 44, (2), 349-355.
- Ragúz de R., M. (1981). *Caso Social de Licenciatura en Psicología*, Lima: PUC, Psicología.
- Ragdz de R., M. (1983). Estereotipos de Rol Sexual y diferencias sexuales: Realidad y distorsión. *Revista de Psicología*, Lima: PUC, 1, 27-37.
- Ramos, M. del C. (1987). *Estereotipos de rol sexual y estándar de salud mental en un grupo de psicoterapeutas y estudiantes universitarios*. Tesis Psicología PUC, Lima.
- Ray, J.J. y Lovejoy, F.H. (1984). The great Androgynymyth: Sex roles and mental health in the community at large. *Journal of Social Psychology*, 124, (2), 237-246.
- Reisman, B.L. y Bañuelos, D. (1984). Career fantasy in the Barrio. *Journal of Non-White Concerns in Personnel & Guidance*, 12, (3), 99-104.
- Rhodes, A.L. (1983). Effects of religious denomination on sex differences in

- occupational expectations. *Sex Roles*, 9, (1), 93-108.
- Romero, G.J. y Garza, R.T. (1986). Attributions for the occupational success/failure of ethnic minority and nonminority women. *Sex Roles*, 14, (7-8), 445-452.
- Sara-Lafosse, V. (1988). Crisis familiar y crisis social en el Perú. *Revista de la Universidad Católica*. Nueva serie, 15-16.
- Sara-Lafosse, V. (1979). El status de la mujer y sus implicancias demográficas. En: *Problemas Poblacionales Peruanos*, Lima. AMIDEP.
- Sara-Lafosse, V. (1977). *La mujer y la Familia en sectores sociales diferentes*. Seminario de Investigaciones Sociales acerca de la mujer. Lima: AMIDEP, 12-16 Dic.
- Schaninger, C.M. y Buss, W.C. (1986). The relationship of sex-role norms to couple and parental demographics. *Sex Roles*, 15, (1-2), 77-94.
- Seegmiller, B. (1980). Sex-role differentiation in preschoolers effects of maternal employment. *Journal of Psychology*, 104, (2), 185-189.
- Shinar, E.H. (1976). Person perception as a function of occupation and sex, *Sex Roles*, 4 (5), 679-693.
- Shuval, Y. (1962). Occupational interest and sex-role *Congruence Meganot*, 63, (12), 244-251.
- Smith, T.W. (1985). Working wives and women's rights: the connection between the employment status of wives and the feminist attitudes of husbands. *Sex Roles*, 12, (5-6), 501-508.
- Spence, J. y Helmreich, R.L. (1979). On assessing "Androgyny". *Sex Roles*, 5, 721-738.
- Stocks, K. y Stocks, A. (1980). Status de la mujer y cambio por aculturación: Casos del Alto Amazonas. *Revista de la Amazonia*, Lima.
- Shuterland, S.C. (1978). The unambitious female: women's low professional aspirations. *Signs*, 3, (4), 774-794.
- Thornton, A. et al. (1983). Causes and consequences of sex-role attitudes and attitude change. *American Sociological Review*, 48, (2), 211-227.
- Tohidi, N. (1984). Sex differences in achievement/career motivation of Iranian boys and girls. *Sex Roles*, 11, (5-6), 467-484.
- Towson, S.M. et al. (1984-85). Self-Fulfilling, prophecy: sex role stereotypes as expectations for behavior. *Imagination, Cognition & Personality*, 4, (2), 149-160.
- Thomson, E. (1980). The value of employment to mothers of young children. *Journal of Marriage & the Family*, 3, 551-567.
- Tryon, B.W. (1980). Beliefs about male and female competence held by kindergartners and second graders. *Sex Roles*, 6, (1), 85-97.
- Vásquez, M.J. (1982). Confronting barriers to the participation of Mexican - American women in higher education. *Hispanic Journal of Behavioral Sciences*, 4, (2), 147-165.
- Ventura, E.R. et al. (1979). Attitudes toward working wives in an urban setting. *Philippine Journal of Psychology*, 12, (2), 3-9.

- Villalobos, G. (1977). *La mujer campesina: su aporte a la economía familiar y su participación social*. Primer Simposio Mexicano Centroamericano de Investigación sobre la Mujer. México.
- Von Baeyer, C.L. et al. (1981). Impression management in the job interview: when the female applicant meets the male (chauvinist) interviewer. (Canada). *Personality & Social Psychology Bulletin*, 7, (1), 45-51.
- Whittig, M.A. (1985). Sex-Role norms and gender-related attainment values: Their role in attributions of success and failure. *Sex Roles*, 12, (1-2), 1-13.
- Williams, J.E. (Dic.1980-Ene.81). *An overview of findings from adult stereotype studies in 25 countries*. Monografía del 50. meeting de la IACCP, India.
- Williams, J. y Best, D. (1982). *Measuring sex stereotypes*, Calif. Sage.
- Wilson, J. (1986). Perceived influence of male sex role identity on female partner's life choices. *Journal of Counseling & Development*, 65, (2), 244-251.
- Wong, P.T.P. et al. (Canada) (1985). The importance of being masculine: Sex Role, attribution, and women's career achievement. *Sex Roles*, 12, (7-8), 757-769.
- Yanico, B.J. (1982). Androgyny and occupational sex-stereotyping of college students. *Psychological Reports*, 50, (3), 875-878.
- Zuckerman, D.M. (1981). Family background, sex role attitudes, and life goals of technical college and university students. *Sex Roles*, 7, (11), 1109-1126.